

(*Por Loca...Como tu Madre*)

Tenés muy trabajado el espejo y sabés provocar la fascinación; sos de las que poseen con la mirada y seducen sin parar. Sos todo un éxito; controlás el tono de voz, la combinación perfecta de los colores de moda y el taco que hace tus piernas irresistibles.

Estás siempre lista para hipnotizar; armada con tu sana intención de conocer a un hombre interesante, le proponés una noche inolvidable desde que te acercás por primera vez.

Todo indica que los hombres mueren por vos, pero estás sola.

¿Qué pasa?

CUIDADO, podés ser LA ESPANTAHOMBRES.

Ella entra a una fiesta más, impacta. Segura de su carisma visualiza la verdadera presa y aunque él esté hablando con otra, mágicamente aterriza ante sus ojos.

ELLA: ¿vivís sólo? ¿De qué trabajás? ¿Te gusta el vestido que me puse?

EL: eeehh...

ELLA: vamos a bailar.

(el nunca pudo decir que no).

Por fin la llama y la invita al cine; ella sale corriendo, compra velas, pone el champagne en la heladera, cambia las sábanas y saca las medias lavadas del baño.

Se cambia 549 veces para ser la más atractiva.

En el cine; apenas él pasa un brazo por sus hombros, ella, retorciéndose en la butaca, empieza a gemir al borde de su primer orgasmo; desaforadamente le mordisquea el cuello y con la mano busca entre sus piernas la respuesta masculina (aterrorizado por tanta voracidad, él nunca supo el final de la película).

Después de tantas fantasías de ayer, de hoy y de siempre quedaste *sola borracha y caliente...*

Si tu objetivo es conquistarlo, va a ser inevitable escucharlo. Cerrá la boca a tiempo y ni se te ocurra esnobearlo hablándole de los hombres que conociste antes; mucho menos, compararlos con él.

En casos de ansiedad sexual, tus sabias manos pueden calmarte en privado permitiéndote llegar más liviana a la cita.

Ellos tienen un detector de la espantahombres y no quieren someterse a un segundo encuentro con esta mujer acelerada.

Este verano con poca ropa y muchas ganas podemos convertirnos en sirenas y voluptuosas y no en pulpos asfixiantes.

SIRENA VOLUPTUOSA

De La máquina preservadora. *Se reproduce aquí por gentileza de Edhasa.*

Rug! —dijo el perro.

Con las patas apoyadas en el borde del cerco miró en torno. En ese momento el rug entró corriendo en el patio.

Aún no había salido el sol y la mañana empezaba a desperezarse. El aire era gris y frío, una película de humedad cubría las paredes de la casa.

Con las fauces entreabiertas y las negras garras apretadas a la madera, el perro vigilaba.

El rug se detuvo junto a la puerta del patio. Era muy pequeño, delgaducho y blanco y sus patas parecían sostenerlo apenas. Al ver los dientes filosos del perro parpadeó varias veces.

—¡Rug! —repitió el perro.

El eco reprodujo el sonido en la callada penumbra matinal. Todo estaba inmóvil y silencioso.

El perro se puso en cuatro patas y atravesó el patio, dirigiéndose a la escalera del porche. Se sentó en el primer escalón y siguió mirando al rug. El intruso le devolvió la mirada, luego alargó tímidamente el cuello hasta la altura de la ventana y se puso a husmear.

El perro cruzó el patio a la carrera y se abalanzó con todo el peso contra el cerco, haciendo crujir el portón que tembló peligrosamente. El rug se alejó de prisa por el camino con su ridículo trote de pasos cortos y saltarines. El guardián se echó entonces junto a los maderos del cerco, la respiración agitada, la lengua roja colgando a un costado, sin apartar la vista del rug que desaparecía.

Los ojos negros brillaban intensamente. Guardó silencio. Una claridad creciente empezó a desteñir el cielo; despuntaba el día. El aire de la mañana se pobló de los ruidos que hacía la gente al levantarse. Algunas luces se encendieron tras los visillos. Una ventana se abrió al frío del alba.

El perro no se movió; seguía vigilando el sendero.

La señora Cardosi vertió agua en la cafetera; se levantó una nube de vapor que la cegó momentáneamente. Dejó la vasija en el borde de la cocina y fue hasta la alacena; cuando volvió Alf estaba en la puerta de la cocina, colocándose los anteojos.

—¿Tienes el diario? —le preguntó.

—Está afuera.

Alf Cardosi pasó por la cocina y, después de abrir la puerta posterior salió al porche. Echó un vistazo a la mañana húmeda y gris. Boris, negro y velludo, permanecía junto al cerco, con la lengua afuera.

—Mete la lengua adentro —dijo Alf.

El perro lo miró atentamente y empezó a menear la cola, dando unos golpecitos rítmicos contra el suelo.

—La lengua —insistió Alf—; la lengua adentro.

Se cruzaron las miradas del perro y el amo; Boris gimoteó, tenía los ojos brillantes, afiebrados.

—¡Rug! —dijo suavemente.

—¿Qué? —preguntó Alf mirando en torno— ¿Viene alguien? ¿Está por llegar el vendedor de diarios?

El perro continuaba mirándolo, sin cerrar la boca.

—Hace unos días que te noto alterado —dijo Alf—. Será mejor que te tranquilices, tú y yo ya no estamos en edad para excitarnos.

Y entró en la casa.

Salió el sol. La calle se animó de luz y de color. El cartero hacía su recorrido, cargado de revistas y correspondencia. Pasaron algunos chicos, hablando y riendo entre sí.

A eso de las once la señora Cardosi salió a barrer el porche delantero. Hizo una pausa y olisqueó el aire.

—¡Qué bien huele! —exclamó—. Seguramente hará calor.

Cuando el sol del mediodía fustigaba la calle, el perro negro se tiró en el porche, con el





Por Philip K. Dick

A la hora de definir al difunto blade runner Philip K. Dick, la revista "Rolling Stone" no vaciló en señalar que se trataba de "la mente más brillante de la ciencia-ficción en cualquier planeta". Este cuento —impecable variación sobre el cliché de los invasores están entre nosotros— no hace más que dar buena prueba de ello a la vez que pone en práctica aquello de "a todo perro le llega su día".

De La máquina preservadora.
Se reproduce aquí por gentileza de Edhasa.

Rug! —dijo el perro.

Con las patas apoyadas en el borde del cerco miró en torno. En ese momento el rug entró corriendo en el patio.

Aún no había salido el sol y la mañana empezaba a desperezarse. El aire era gris y frío, una película de humedad cubría las paredes de la casa.

Con las fauces entreabiertas y las negras garras apretadas a la madera, el perro vigilaba.

El rug se detuvo junto a la puerta del patio. Era muy pequeño, delgaducho y blanco y sus patas parecían sostenerlo apenas. Al ver los dientes filosos del perro parpadeó varias veces.

—¡Rug! —repitió el perro.

El eco reprodujo el sonido en la callada penumbra matinal. Todo estaba inmóvil y silencioso.

El perro se puso en cuatro patas y atravesó el patio, dirigiéndose a la escalera del porche. Se sentó en el primer escalón y siguió mirando al rug. El intruso le devolvió la mirada, luego alargó tímidamente el cuello hasta la altura de la ventana y se puso a husmear.

El perro cruzó el patio a la carrera y se abalanzó con todo el peso contra el cerco, haciendo crujir el portón que tembló peligrosamente. El rug se alejó de prisa por el camino con su ridículo trote de pasos cortos y saltarines. El guardián se echó entonces junto a los maderos del cerco, la respiración agitada, la lengua roja colgando a un costado, sin apartar la vista del rug que desaparecía.

Los ojos negros brillaban intensamente. Guardó silencio. Una claridad creciente empezó a desteñir el cielo; despuntaba el día. El aire de la mañana se pobló de los ruidos que hacía la gente al levantarse. Algunas luces se encendieron tras los visillos. Una ventana se abrió al frío del alba.

El perro no se movió; seguía vigilando el sendero.

La señora Cardosi vertió agua en la cafetera; se levantó una nube de vapor que la cegó momentáneamente. Dejó la vasija en el borde de la cocina y fue hasta la alacena; cuando volvió Alf estaba en la puerta de la cocina, colocándose los anteojos.

—¿Tienes el diario? —le preguntó.

—Está afuera.

Alf Cardosi pasó por la cocina y, después de abrir la puerta posterior salió al porche. Echó un vistazo a la mañana húmeda y gris. Boris, negro y velludo, permanecía junto al cerco, con la lengua afuera.

—Mete la lengua adentro —dijo Alf.

El perro lo miró atentamente y empezó a menear la cola, dando unos golpecitos rítmicos contra el suelo.

—La lengua —insistió Alf—; la lengua adentro.

Se cruzaron las miradas del perro y el amo; Boris gimoteó, tenía los ojos brillantes, afiebrados.

—¡Rug! —dijo suavemente.

—¿Qué? —preguntó Alf mirando en torno— ¿Viene alguien? ¿Está por llegar el vendedor de diarios?

El perro continuaba mirándolo, sin cerrar la boca.

—Hace unos días que te noto alterado —dijo Alf—. Será mejor que te tranquilices, tú y yo ya no estamos en edad para excitarnos.

Y entró en la casa.

Salió el sol. La calle se animó de luz y de color. El cartero hacía su recorrido, cargado de revistas y correspondencia. Pasaron algunos chicos, hablando y riendo entre sí.

A eso de las once la señora Cardosi salió a barrer el porche delantero. Hizo una pausa y olisqueó el aire.

—¡Qué bien huele! —exclamó—. Seguramente hará calor.

Cuando el sol del mediodía fustigaba la calle, el perro negro se tiró en el porche, con el cuerpo extendido y el pecho moviéndose al ritmo acompasado de la respiración. En el cerezo, los pájaros jugueteaban, parloteando incansablemente con chirridos de satisfacción. Boris levantaba la cabeza de vez en cuando, para mirarlos. Después de un rato se enderezó y fue al trote hasta el árbol. Se encontraba a la sombra de la copa cuando vio a los dos rugs sentados sobre el cerco, mirándolo.

—Este es grande —dijo el primer rug—; hay muy pocos guardianes grandes como éste.

El otro rug asintió con un breve meneo de cabeza. Boris los miraba inmóvil, los músculos endurecidos por la tensión. Los rugs permanecían en silencio contemplando al perro grande y la blanca golilla de pelo hirsuto que ornaba su cuello.

—¿Cómo está la urba de las ofrendas? —preguntó el primer rug—. ¿Está casi llena?

—Sí —contestó el otro—. Está casi lista.

—¡Eh, tú! —dijo el primer rug levantando la voz—. ¿Me escuchas? Hemos resuelto aceptar las ofrendas y tienes que dejarnos entrar. Nada de tonterías esta vez.

—Ya sabes que no demandará mucho tiempo —agregó el otro.

Los dos rugs saltaron el cerco y juntos fueron hasta el sendero. Uno de ellos sacó un mapa y entre los dos empezaron a estudiarlo.

—Esta zona no es la más adecuada para un primer intento —afirmó el primer rug—, demasiados guardianes; en cambio, en la zona norte...

—No olvides que *ellos* han tomado la decisión —dijo el otro rug—. Hay tantos factores...

—Naturalmente.

Echaron una mirada a Boris y se apartaron un poco más del cerco. El perro no pudo escuchar el resto de la conversación.

Después de algunos minutos los rugs guardaron el mapa y se alejaron por el sendero.

Boris se acercó al lugar por donde habían entrado los rugs y husmeó la madera del cerco. El olor enfermizo y hediondo de los rugs le hizo erizar el pelo de la espina dorsal.

Esa noche, cuando Alf Cardosi regresó a su casa, el perro lo esperaba junto al portón, con la mirada perdida en el sendero. Alf abrió el portón y entró al patio.

—¿Cómo estás? —le dijo, palmeándole el costillar— ¿Sigues siempre preocupado? Ultimamente estás muy nervioso.

Boris gimoteó y miró intensamente a su amo, en la cara.

—Eres un buen perro, Boris —dijo Alf—, y has crecido demasiado. Ya no recuerdas cuando eras un cachorrito juguetón.

Boris se restregó contra la pierna de su amo.

—Boris es un buen perro —murmuró Alf— ¡Qué no daría yo por saber qué te tiene preocupado!

Entró en la casa. Su esposa estaba preparando la mesa para la cena. Alf fue hasta la sala; se quitó la chaqueta, el sombrero y dejó la caja del almuerzo sobre la mesa. Después volvió a la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Cardosi.

—Ese perro tiene que dejar de ladrar y hacer tanta bulla, molesta a los vecinos. Un día de éstos volverán a quejarse a la policía.

—Espero que no nos veamos obligados a dárselo a tu hermano —dijo la señora Cardosi cruzándose de brazos—; a veces se vuelve loco, especialmente los viernes, cuando pasan los hombres que recogen la basura.

—Tal vez sea algo pasajero —dijo Alf encendiendo la pipa—. Antes no era así. Quizá se calme y vuelva a ser como antes.

—Veremos —repuso la señora Cardosi.

Era la mañana del viernes.

El sol salió frío y siniestro. En torno de los árboles y en los sitios bajos, espesos parches de niebla demoraban en diluirse.

Tendido en el porche, el perro negro continuaba vigilante, el oído alerta, los ojos bien abiertos. Tenía la pelambre endurecida de rocío y al respirar exhalaba pequeñas nubes de vapor que espesaban el aire e torno del hocico. De súbito volvió la cabeza y dio un salto.

Le llegaba un sonido de lejos, débil por la distancia, pero estrepitoso.

—¡Rug! —gritó Boris mirando alrededor.

Corrió hasta el portón y se levantó sobre las patas traseras, apoyando las delanteras sobre el cerco.

Volvió a oír el sonido, más fuerte esta vez. Era un fragor, un ruido metálico, como de algo que rueda o que alguien estuviera tratando de abrir una puerta enorme.

—¡Rug! —volvió a gritar Boris.

Miró ansiosamente hacia las ventanas que había encima de su cabeza. Nada se movió. Nada.

Los rugs se acercaban por la calle. Avanzaban como sus camiones, bamboleándose, dando saltos sobre las toscas piedras, con mucho estrépito y chirridos.

—¡Rug! —gritó Boris y dio un salto. Los ojos le brillaban intensamente.

Luego volvió a calmarse. Se echó en el suelo y permaneció quieto, a la espera, atento a los ruidos.

Los rugs detuvieron el camión frente a la casa. Pudo oír cómo abrían las puertas y bajaban a la calzada. Boris empezó a corretear en pequeños círculos. Gimoteó, levantando el hocico hacia la casa.

El señor Cardosi se incorporó en la cama, en la tibia oscuridad del dormitorio, y miró de soslayo el reloj.

—¡Ese maldito perro! —murmuró— ¡Ese maldito perro!

Después hundió la cara en la almohada y cerró los ojos.

Los rugs avanzaban por el sendero. El primero dio un empujón a la portezuela y ésta se abrió. Los rugs entraron en el patio y el perro retrocedió.

—¡Rug! ¡Rug! —gritó.

El olor inconfundible de los rugs lo enloquecía y el perro les volvió el lomo.

—La urna de la ofrenda —dijo el primer rug—; creo que esta vez está repleta. ¡Qué bueno eres! —dijo mirando al perro que permanecía tieso de furia.

Los rugs se acercaron al cubo de metal; uno de ellos le quitó la tapa.

—¡Rug! ¡Rug! —volvió a gritar Boris, junto al primer escalón del porche. Temblaba de horror.

Los rugs levantaron el gran cubo y lo pusieron de costado. El contenido se esparció por el suelo y los intrusos empezaron a destrozar las bolsas de papel eligiendo las mondaduras de naranja, los trozos de pan tostado y las cáscaras de huevos.

Uno de los rugs se metió una cáscara de huevo en la boca; los dientes la destrozaron con un crujido.

—¡Rug! —gritó Boris para sí, perdida toda esperanza.

Poco antes de terminar su trabajo de recoger la ofrenda, los rugs se detuvieron un momento y miraron a Boris.

Dirigieron después una lenta mirada inquisidora hacia la casa, por las paredes, inspeccionando el revoque y la ventana cuyos visillos aún estaban bajos.

—¡Rug! —gritó Boris y se acercó a ellos saltando furiosamente y asustado al mismo tiempo.

Los rugs se alejaron de la ventana a regañadientes. Salieron por el portón y volvieron a cerrarlo.

—¡Miradlo un poco! —dijo con desprecio uno de los rugs mientras levantaba la punta de la manta hasta la altura del hombro.

Boris hacía fuerza contra el cerco, el hocico abierto, abalanzándose con denuedo contra los tablones. El rug más grande empezó a agitar los brazos frenéticamente y Boris se calmó. Se echó al pie de los escalones del porche. Su boca, aún abierta, dejó escapar un gemido preñado de inquietud y desventura, queja con la que deseaba expresar toda su desdicha y desesperación.

—Vamos —dijo uno de los rugs al otro que permanecía aún junto al cerco.

Se fueron juntos por el sendero.

—Bueno, excepto los pequeños lugares en torno de los guardianes, esta zona está bien despejada —anunció el rug más grande—. Será un alivio cuando acaben con este guardián en particular. ¡Cuántos problemas nos causa!

—No seas impaciente —contestó el otro rug, sonriendo—, tenemos el camión repleto. Dejemos algo para la semana que viene.

Los rugs rieron a dúo.

Siguieron por el sendero, cargando la ofrenda en la manta sucia que se hundía en el centro.

cuerpo extendido y el pecho moviéndose al ritmo acompasado de la respiración. En el cerezo, los pájaros jugueteaban, parloteando incansablemente con chirridos de satisfacción. Boris levantaba la cabeza de vez en cuando, para mirarlos. Después de un rato se enderezó y fue al trote hasta el árbol. Se encontraba a la sombra de la copa cuando vio a los dos rugs sentados sobre el cerco, mirándolo.

—Este es grande —dijo el primer rug—; hay muy pocos guardianes grandes como éste.

El otro rug asintió con un breve meneo de cabeza. Boris los miraba inmóvil, los músculos endurecidos por la tensión. Los rugs permanecían en silencio contemplando al perro grande y la blanca golilla de pelo hirsuto que ornaba su cuello.

—¿Cómo está la urba de las ofrendas? —preguntó el primer rug—. ¿Está casi llena?

—Sí —contestó el otro—. Está casi lista.

—¡Eh, tú! —dijo el primer rug levantando la voz—. ¿Me escuchas? Hemos resuelto aceptar las ofrendas y tienes que dejarnos entrar. Nada de tonterías esta vez.

—Ya sabes que no demandará mucho tiempo —agregó el otro.

Los dos rugs saltaron el cerco y juntos fueron hasta el sendero. Uno de ellos sacó un mapa y entre los dos empezaron a estudiarlo.

—Esta zona no es la más adecuada para un primer intento —afirmó el primer rug—, demasiados guardianes; en cambio, en la zona norte...

—No olvides que *ellos* han tomado la decisión —dijo el otro rug—. Hay tantos factores...

—Naturalmente.

Echaron una mirada a Boris y se apartaron un poco más del cerco. El perro no pudo escuchar el resto de la conversación.

Después de algunos minutos los rugs guardaron el mapa y se alejaron por el sendero.

Boris se acercó al lugar por donde habían entrado los rugs y husmeó la madera del cerco. El olor enfermizo y hediondo de los rugs le hizo erizar el pelo de la espina dorsal.

Esa noche, cuando Alf Cardosi regresó a su casa, el perro lo esperaba junto al portón, con la mirada perdida en el sendero. Alf abrió el portón y entró al patio.

—¿Cómo estás? —le dijo, palmeándole el costillar— ¿Sigues siempre preocupado? Ultimamente estás muy nervioso.

Boris gimoteó y miró intensamente a su amo, en la cara.

—Eres un buen perro, Boris —dijo Alf—, y has crecido demasiado. Ya no recuerdas cuando eras un cachorrito juguetón.

Boris se restregó contra la pierna de su amo.

—Boris es un buen perro —murmuró Alf— ¡Qué no daría yo por saber qué te tiene preocupado!

Entró en la casa. Su esposa estaba preparando la mesa para la cena. Alf fue hasta la sala; se quitó la chaqueta, el sombrero y dejó la caja del almuerzo sobre la mesa. Después volvió a la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Cardosi.

—Ese perro tiene que dejar de ladrar y hacer tanta bulla, molesta a los vecinos. Un día de éstos volverán a quejarse a la policía.

—Espero que no nos veamos obligados a dárselo a tu hermano —dijo la señora Cardosi cruzándose de brazos—; a veces se vuelve loco, especialmente los viernes, cuando pasan los hombres que recogen la basura.

—Tal vez sea algo pasajero —dijo Alf encendiendo la pipa—. Antes no era así. Quizá se calme y vuelva a ser como antes.

—Veremos —repuso la señora Cardosi.

Era la mañana del viernes.

El sol salió frío y siniestro. En torno de los árboles y en los sitios bajos, espesos parches de niebla demoraban en diluirse.

Tendido en el porche, el perro negro continuaba vigilante, el oído alerta, los ojos bien abiertos. Tenía la pelambre endurecida de rocío y al respirar exhalaba pequeñas nubes de vapor que espesaban el aire e torno del hocico. De súbito volvió la cabeza y dio un salto.

Le llegaba un sonido de lejos, débil por la distancia, pero estrepitoso.

—¡Rug! —gritó Boris mirando alrededor.



Por Philip K. Dick

A la hora de definir al difunto blade runner Philip K. Dick, la revista "Rolling Stone" no vaciló en señalar que se trataba de "la mente más brillante de la ciencia-ficción en cualquier planeta". Este cuento —impecable variación sobre el cliché de los invasores están entre nosotros— no hace más que dar buena prueba de ello a la vez que pone en práctica aquello de "a todo perro le llega su día".

Corrió hasta el portón y se levantó sobre las patas traseras, apoyando las delanteras sobre el cerco.

Volvió a oír el sonido, más fuerte esta vez. Era un fragor, un ruido metálico, como de algo que rueda o que alguien estuviera tratando de abrir una puerta enorme.

—¡Rug! —volvió a gritar Boris.

Miró ansiosamente hacia las ventanas que había encima de su cabeza. Nada se movió. Nada.

Los rugs se acercaban por la calle. Avanzaban como sus camiones, bamboleándose, dando saltos sobre las toscas piedras, con mucho estrépito y chirridos.

—¡Rug! —gritó Boris y dio un salto. Los ojos le brillaban intensamente.

Luego volvió a calmarse. Se echó en el suelo y permaneció quieto, a la espera, atento a los ruidos.

Los rugs detuvieron el camión frente a la casa. Pudo oír cómo abrían las puertas y bajaban a la calzada. Boris empezó a corretear en pequeños círculos. Gimoteó, levantando el hocico hacia la casa.

El señor Cardosi se incorporó en la cama, en la tibia oscuridad del dormitorio, y miró de soslayo el reloj.

—¡Ese maldito perro! —murmuró— ¡Ese maldito perro!

Después hundió la cara en la almohada y cerró los ojos.

Los rugs avanzaban por el sendero. El primero dio un empujón a la portezuela y ésta se abrió. Los rugs entraron en el patio y el perro retrocedió.

—¡Rug! ¡Rug! —gritó.

El olor inconfundible de los rugs lo enloquecía y el perro les volvió el lomo.

—La urna de la ofrenda —dijo el primer rug—; creo que esta vez está repleta. ¡Qué bueno eres! —dijo mirando al perro que permanecía tieso de furia.

Los rugs se acercaron al cubo de metal; uno de ellos le quitó la tapa.

—¡Rug! ¡Rug! —volvió a gritar Boris, junto al primer escalón del porche. Temblaba de horror.

Los rugs levantaron el gran cubo y lo pusieron de costado. El contenido se esparció por el suelo y los intrusos empezaron a destrozar las bolsas de papel eligiendo las mondaduras de naranja, los trozos de pan tostado y las cáscaras de huevos.

Uno de los rugs se metió una cáscara de huevo en la boca; los dientes la destrozaron con un crujido.

—¡Rug! —gritó Boris para sí, perdida toda esperanza.

Poco antes de terminar su trabajo de recoger la ofrenda, los rugs se detuvieron un momento y miraron a Boris.

Dirigieron después una lenta mirada inquisidora hacia la casa, por las paredes, inspeccionando el revoque y la ventana cuyos visillos aún estaban bajos.

—¡Rug! —gritó Boris y se acercó a ellos saltando furiosamente y asustado al mismo tiempo.

Los rugs se alejaron de la ventana a regañadientes. Salieron por el portón y volvieron a cerrarlo.

—¡Miradlo un poco! —dijo con desprecio uno de los rugs mientras levantaba la punta de la manta hasta la altura del hombro.

Boris hacía fuerza contra el cerco, el hocico abierto, abalanzándose con denuedo contra los tablones. El rug más grande empezó a agitar los brazos frenéticamente y Boris se calmó. Se echó al pie de los escalones del porche. Su boca, aún abierta, dejó escapar un gemido preñado de inquietud y desventura, queja con la que deseaba expresar toda su desdicha y desesperación.

—Vamos —dijo uno de los rugs al otro que permanecía aún junto al cerco.

Se fueron juntos por el sendero.

—Bueno, excepto los pequeños lugares en torno de los guardianes, esta zona está bien despejada —anunció el rug más grande—. Será un alivio cuando acaben con este guardián en particular. ¡Cuántos problemas nos causa!

—No seas impaciente —contestó el otro rug, sonriendo—, tenemos el camión repleto. Dejemos algo para la semana que viene.

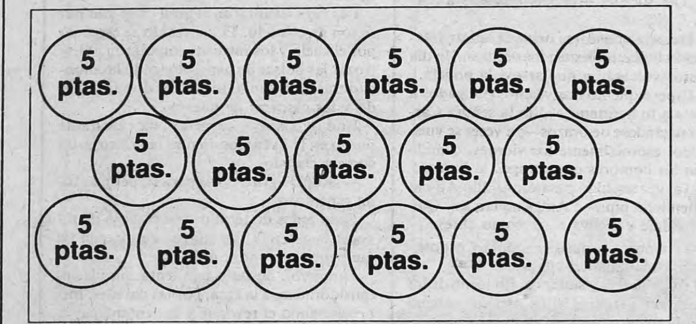
Los rugs rieron a dúo.

Siguieron por el sendero, cargando la ofrenda en la manta sucia que se hundía en el centro.

Juegos

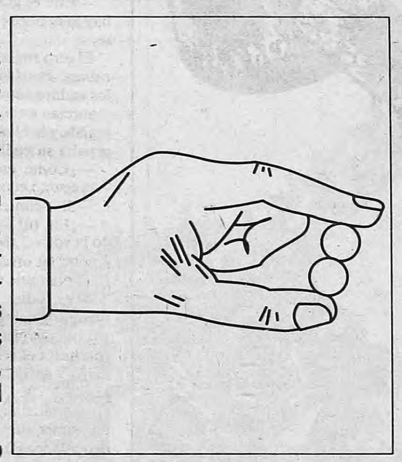
La cruz monetaria

Hemos aumentado nuestro capital. Ahora tenemos diecisiete monedas, y como no queremos gastarlas (por si acaso, que nunca se sabe) vamos a intentar formar con ellas una cruz, pero no una cruz cualquiera, la cruz que vamos a intentar formar ha de ser de tal manera que empezando por cualquiera de sus extremos contemos once monedas al llegar al extremo inferior y, lógicamente, desde el extremo inferior a cualquiera de los otros extremos también deberá haber once monedas.



Un equilibrio imposible

Normalmente los argentinos hacemos equilibrios dificilísimos con las monedas, sobre todo a partir del día veinte de cada mes. Estadísticamente, un tercio de cada mes, por lo menos, lo dedicamos a realizar auténticos malabares monetarios (estamos hablando en general, ya sabemos que usted no).



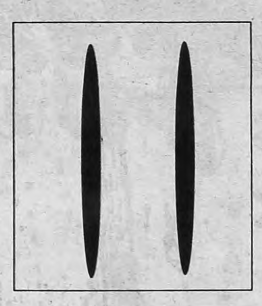
Pero este equilibrio no tiene nada que ver con los otros, es más divertido y bastante menos preocupante. Lo invitamos a mantener entre los dedos índice y pulgar dos monedas que contacten sólo por su borde o canto también llamado. ¿Verdad que parece imposible?

La otra cruz

No tuvimos más remedio. Nos hemos gastado dos monedas y ahora, muy a nuestro pesar, sólo nos quedan quince. Aun así, hemos de formar otra cruz pero también, como en el caso anterior, desde el extremo inferior a cualquiera de los otros tres extremos debe haber once monedas.

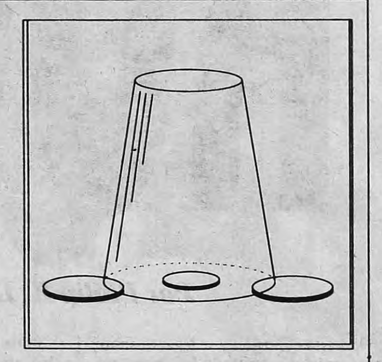
Palillos cruzados, pero sin cruzar

A veces las cosas sencillas dan muchos quebraderos de cabeza y, sin embargo, en claro contraste las cosas difíciles suelen dar todavía más. Esperamos que el juego que le describimos a continuación no lo haga pensar mucho, sólo lo imprescindible. Se trata de colocar estos dos palillos de manera que formen una cruz, pero que no se crucen entre sí, es decir, que no quede uno encima ni debajo del otro.



La moneda envasada

En muchas ocasiones asistimos a comidas o cenas que nos resultan francamente aburridas por las razones que todos conocemos y que no viene al caso relatar. Para este momento, disponemos de un gracioso entretenimiento que, sin lugar a dudas, nuestros vecinos comensales nos van a agradecer. Consiste en colocar dos monedas grandes sobre el mantel y en medio de las dos una moneda más pequeña. Sobre las dos grandes, y tapando la pequeña, colocamos un vaso, por eso lo titulamos la moneda envasada, porque queda dentro del vaso. Ahora proponemos a nuestro vecino de mesa que sin tocar el vaso saque la moneda pequeña.



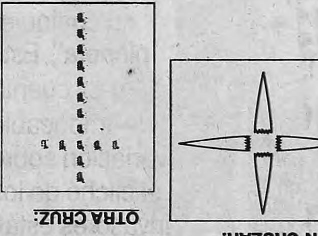
Solución

LA MONEDA ENVASADA:
La forma de sacar la moneda es rascando el mantel con la uña del dedo índice cerca del vaso, la moneda, a pequeños saltitos, irá saliendo fuera del vaso.

LA CRUZ MONETARIA:

UN EQUILIBRIO IMPOSIBLE:
La verdad es que resultaría imposible a no ser por la existencia de un pequeño secreto que nadie debe conocer. Cortando un palillo de dientes a la longitud de dos veces el diámetro de una moneda y colocándolo por detrás (para que no se vea), las monedas se apoyan en él y el equilibrio así ya resulta posible.

PALILLOS CRUZADOS, PERO SIN CRUZAR:
Ya le habíamos dicho que era fácil. Consiste en romper los palillos por la mitad. De esta forma se pueden colocar en cruz sin que ninguno esté ni por encima ni por debajo del otro.



OTRA CRUZ: